



Prosa Religiosa de Gabriela Mistral 711897

Por J. Miguel Ibáñez Langlois

Ya conté mi resistencia al estilo de la prosa de Gabriela Mistral, por demasiado retórica, artificial, wordy — palabra—. Pero esa dificultad no ha pesado gran cosa en la lectura de esta recopilación de sus escritos religiosos (hecha por Luis Vargas Saavedra y publicada por Editorial Andrés Bello), tal vez porque estos textos son más simples y llanos de estilo, tal vez por el apasionante interés del contenido: la evolución religiosa —o, más exactamente, espiritual— de la poetisa.

Es ella, con mucho, la más cristiana entre nuestros grandes escritores. Por de pronto, la irreligión le repugna visceralmente. Califica al escéptico como "el hombre frívolo" a secas, el que sólo roza la corteza de los seres, "un hombre incompleto" y mutilado. Específicamente, achaca al materialismo la regresión a la barbarie, el relajo de las costumbres, la opresión del débil, el rechazo de la maternidad, la injusticia social. Propone, por eso, "el gran Frente Cristiano contra el Materialismo", al que llama "estupenda frivolidad". Por aquí se insinúa ya cierta equívoca confusión entre la religión y el mero "espiritualismo", confusión que explica su paso —transitorio pero efectivo— por la teosofía y el budismo. En efecto, nos entrega de la religiosidad esta pobre definición: "el recuerdo constante de la presencia del alma", lo que concuerda con su negativo dualismo de cuerpo y espíritu: la vida es para ella eternamente mala, "porque es la limitación y la plebeyez infinita de la carne que cayó sobre el espíritu", concepto mucho más platónico y oriental que cristiano.

Con todo, nos propone enseguida una mejor definición de la religiosidad: "la intuición del misterio", el saber "que la rosa es algo más que una rosa", ver "el sentido místico de la belleza", encontrar en los seres "la insinuación de una mayor suavidad, que está en las yemas de Dios". ¡Por fin Dios, y no simplemente el alma o el espíritu! Y es que ella se crió en el catolicismo, y a él volvió tras muchas peripecias. Desde los diez años se devoraba la Biblia en un escondite de su huerto, a la salida de clases. "En mi alma de niña no contó Hércules como Goliath, ni la Bella del Monstruo como Raquel, ni más tarde Lohengrin se me hermanó con Elías"; nada le costaba situar en el valle de Elqui a Abraham y a Jacob. Desde entonces su oración se fundó en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y luego "vinieron las frecuentaciones con las místicas occidentales".

Confiesa la Mistral que más tarde perteneció, por un tiempo no corto, a la Sociedad Teosófica. De sus dos mentoras, encontró en la señora Blavatski un caos desconcertante y un odio del catolicismo; pero en la señora Besant, "la dulzura de las coquinas" y "la luz del Evangelio". Sin embargo, vio a no pocos teósofos caer en la enfermedad síquica, y en todo caso tener "algo de muy infantil, y además mucho confusionalismo". Por eso "la teosofía ha fracasado completamente conmigo como pan de mi corazón". De ella tomó sólo el método del ejercicio del pensamiento, "esa educación de nuestras facultades medio salvajes aún". Lo propio le ocu-

rrió después con el budismo: de él sólo obtuvo una "escuela de meditación", la facilidad de concentrarse en la oración mental (lo que bien pudiera haber obtenido en el catolicismo). "Nunca le recé a Buda", ni pudo aceptar "la anulación de la pasión como cultivo espiritual", ella que —por cristiana— vivió y creó apasionadamente: "suprimir la pasión en mí sería talarle todo el espíritu".

Por eso cuenta que, al fin, no pudo más con el "zapato de hierro" del budismo, si bien retuvo de él no sólo el método para meditar sino también algo bastante más increíble en una persona occidental culta: la creencia en la reencarnación.

Tras estas correrías espirituales, confiesa haber "anclado en el catolicismo, después de años de duda". "Una amiga mexicana, católica absoluta, me ayudó mucho a pasar de aquel semibudismo —nunca fue total, nunca perdí a mi Señor Jesucristo— a mi estado de hoy". Se trata de Palma Guillén, a quien dedicó *Tala*. Y es que, como ella dice, "es esfuerzo estéril borrar la tatuadura sagrada y eterna de un credo viejo". Católicas y muy católicas son las numerosas semblanzas que recoge este libro: las de San Miguel Arcángel, Santo Tomás (el Apóstol), Santa Catalina de Siena, Lourdes, el Cura de Ars, Santa Teresita y otros. De algunas de ellas destaca Luis Vargas, en la introducción, el dinamismo y la vibración del estilo, por contraste con el tono dulce y apaciguado de sus *Motivos de San Francisco*. Esta obra es quizás lo más católico de su prosa, por lo poco que le queda allí de dualismo espiritualista: hay un gran énfasis en el cuerpo, una reconciliación con la materia —cosa natural, tratándose del santo de Asís—, y aún más, un reproche a Francisco por la dureza con que trató su cuerpo, el "hermano Asno".

Lo único que desconcierta a Gabriela del catolicismo —al menos en Hispanoamérica— es su prescindencia social (estamos en 1924). "Creo que el cristianismo con profundo sentido social puede salvar a los pueblos". La falta de este sentido crea el divorcio entre las masas populares y la religión. Le sorprende gratamente el énfasis social del cristianismo anglosajón. No se trata de una diferencia religiosa sino casi étnica: en los Estados Unidos, comprueba que todas las confesiones —también la Iglesia Católica— afrontan directamente la cuestión social. Su vaticinio de entonces ha resultado profético: si las reformas sociales no se emprenden a partir del cristianismo, será el propio pueblo el que las hará, es decir, "la democracia jacobina, horrible como una Euménide y brutal como una horda tártara", a la manera de "la dictadura rusa aterradorizante". Pero este énfasis social no es —no podría ser— absoluto y prioritario, pues "yo sé muy bien que no es la ayuda social la forma más alta de una religión, sé que Santa Teresa, la mística, es una expresión religiosa más alta que una sociedad de beneficencia católica". Éste es su credo final: un catolicismo social renovado, con ciertos lastres orientales y esotéricos. El trayecto de la Mistral, tal como se sigue en esta recopilación, es apasionante.

El jueves, 11 de febrero, 1970, Santiago 20 marzo 1970 P 53

Prosa religiosa de Gabriela Mistral [artículo] José Miguel Ibáñez Langlois.

AUTORÍA

Autor secundario: Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Prosa religiosa de Gabriela Mistral [artículo] José Miguel Ibáñez Langlois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile